

Poderoso caballero es Don Dinero

Los últimos meses las palabras crisis y dinero son las más empleadas en la prensa escrita, televisiva o radiofónica. En la calle la gente habla constantemente del dinero, del poder adquisitivo, de la pérdida de beneficios, de inflación, mercados, intereses...

Los políticos nos apabullan, obsesionados en su mundo de poder, y nos emponzoñan los sueños con estadísticas, cifras, encuestas, propuestas y discusiones que sólo buscan conseguir el poder o mantenerse en él.

Y yo, que vivo envenenado por las palabras, por la literatura, no puedo dejar de recitarme los hermosos versos de Francisco de Quevedo.

Poderoso caballero  
es don Dinero.

Madre, yo al oro me humillo,  
él es mi amante y mi amado,  
pues de puro enamorado  
de continuo anda amarillo;  
que pues, doblón o sencillo,  
hace todo cuanto quiero,  
poderoso caballero  
es don Dinero.

Será que aún no me resigno a creer que en las burdas y prosaicas transacciones económicas radica la idea de felicidad. La humanidad se aleja de la naturaleza y, por consecuencia, lo hace también de lo propiamente humano.

Se habla de sumas descomunales, se dan noticias de fortunas como si el éxito de la vida de cualquiera radicara en tener una bolsa llena de doblones o euros de oro.

Es galán y es como un oro;  
tiene quebrado el color,  
persona de gran valor,  
tan cristiano como moro;  
pues que da y quita el decoro  
y quebranta cualquier fuero,  
poderoso caballero  
es don Dinero.

Algunos, cuando éramos jóvenes, habíamos creído, con ingenuidad, que cambiaríamos el mundo, que los valores podrían ser otros, que la cultura, el arte, la solidaridad, el raciocinio, vencerían a las antiguas leyes del dinero. Mas la sensibilidad se ha escondido en los agujeros de las paredes y la petulancia, inculta, reina en el mundo.

Quizá, si acudiésemos más a nuestros clásicos, a nuestros textos, podríamos sacar conclusiones y reconocernos en el pasado, para no cometer los mismos errores que otros

ya han cometido.

Y como apunta Francisco de Quevedo:

Por importar en los tratos  
y dar tan buenos consejos,  
en las casas de los viejos  
gatos le guardan de gatos;  
y pues él rompe recatos;  
y ablanda al jüez más severo,  
poderoso caballero  
es don Dinero.

Nos gobierna y no le importa, por lo tanto, que cada vez existan más desigualdades, más pobres a los que empobrecer aún más. Más ricos a los que enriquecer aún más. Se oyen cifras ofensivas como ofertas de dietas a jugadores de fútbol, mientras muchos de sus seguidores, de los que los sustentan en el pódium de la gloria viven en barrios de miseria, en mundos de oscuridad y de sordidez.

¿A quién le importa lo humano?

Y en nuestro mundo globalizado un niño muere cada cuatro segundos, una gran parte de la humanidad no tiene qué comer y enfermedades crueles asedian a continentes y naciones. Mientras los políticos pierden el tiempo en pelear por su trono. En sumirnos aún más en el reino de la ignorancia.

Y es tanta su majestad,  
aunque son sus duelos hartos,  
que con haberle hecho cuartos,  
no pierde su autoridad;  
pero, pues da calidad  
al noble y al pordiosero,  
poderoso caballero  
es don Dinero.

No sé a dónde vamos, si lo único que nos sigue moviendo es nuestro poder adquisitivo. ¿No tendríamos que ocuparnos más de indagar en la crisis que ha hecho que perdamos el sentido del honor?

Y no me da miedo hablar de esta palabra que parece pertenecer a códigos ya pasados de moda. A obras de teatro barroco o a señores de ajada figura. El honor del que hablo de la honestidad en la palabra, en la relación con los demás, en la limpieza en la mirada. No hablo de seguir permitiendo que las grandes fortunas, los monopolios de poder, los subidos a los podios de la fama se puedan seguir contoneando, saludando al pueblo desde su carroza de oro para que admiremos su poder desde lejos.

Creo que para curar al mundo, herido en lo más profundo de su faz, tenemos que pensar

que la crisis está en otros lugares, en lo más profundo del ser humano, en las relaciones, en las sociedades, en la concepción misma de la sociedad.

Si no cambiamos el concepto, la visión del mundo, nada podrá curarse, para sanar hay que encontrar la causa de la enfermedad y desde hace siglos padecemos de un mal:

poderoso caballero  
es don Dinero.